

en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.

La dilatada experiencia del ilustrado profesor, le habrá enseñado sin duda, la necesidad de inculcar á sus discípulos las verdades que acabamos de indicar: pudiendo estar seguro que en España hay un fondo de buen sentido para apreciar juiciosamente el mérito que en sus explicaciones se encierre, así como hay muy felices disposiciones para evitar los insinuados escollos; disposiciones que le allanarán sobremanera el camino para que pueda entrar en una exposicion dilatada y profunda de los principios y aplicaciones de la ciencia, sin correr tanto riesgo como en otros países, de producir en vez de alumnos instruidos y sensatos, entusiastas superficiales y extravagantes. Como quiera, y reservándonos volver otro día sobre tan importante materia, le deseamos en Barcelona el mismo buen-éxito que en Nueva-Orleans; de manera que los periódicos de esta capital puedan tributarle los mismos elogios que el titulado *Picayune* y el *Correo de la Luisiana*.
— J. B.

LA PALABRA FILOSOFÍA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los mas entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley á punto fijo nadie determina. Tal es la palabra *filosofía*; esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofía como una ciencia exclusi-

va, del todo separada de las demás, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora y desde el siglo pasado, la filosofía no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raiz, no es su fruto, es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes; y así hay filosofía científica, filosofía literaria, filosofía artística, filosofía del mundo, filosofía de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su rigor, en toda su exactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradacion de matices? Daremos una definicion fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boerhaave: *Sigillum veri simplex*, «la sencillez es el carácter de la verdad.» La filosofía consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y no mas de lo que hay*. Hagamos la prueba, tomemos esa palabra en la acepcion que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele; y si se les ajusta perfectamente, si basta un simple carco, digámoslo así, para que se conozcan y se unan, será señal evidente de que hemos dado en el blanco, de que hemos señalado el rasgo característico de la verdadera filosofía.

Y ante todo es menester advertir, cuán necesaria era la limitacion que muy de propósito hemos añadido, *y no mas de lo que hay*; porque así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan á ver y distinguir, los hay tambien, demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose á las cabezas desvanecidas por algun accidente que pretenden ver centellas estando á oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada. ¡Oh! y cuánto abunda en el mundo esa menguada filosofía; de todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las ilaciones, se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan

mal parada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigacion al mas temible de sus adversarios: el charlatanismo.

Hasta el verdadero talento, mayormente el que raya en genio, corre no escaso peligro de caer en este vicio. Llevado de la impetuosidad, que suele acompañarle, orgulloso con el sentimiento de su fuerza, precipitado por la misma facilidad que tiene en concebir, toma en manos los objetos, juguetea con ellos como con cosa baladí, y mas de una vez los desflora y los estropea. Pero dadle un momento de reposo, haced que algo concentrado pueda fijar sobre el objeto su mirada de lince, y entonces el objeto á sus ojos se vuelve cristalino, penetra su corazon, desenvuelve todas las sinuosidades, y señalando con mano certera el punto esencial, dice: *vedle, ahí está.*

Pero hagamos una rápida reseña de los principales ramos á que se aplica la palabra filosofía. ¿Qué es lo que se llama filosofía de la historia? Es el verdadero conocimiento de los hombres y de las cosas; es la ojeada penetrante sobre los acontecimientos en todo su enlace y trabazon, en todo el encadenamiento de los efectos y causas; es la concepcion intuitiva de los hechos parecida á la contemplacion de una escena en las tablas; es el sentimiento mismo de las pasiones que agitan á los hombres en los varios tiempos y países. Esto es la filosofía de la historia, porque así se ven los objetos tales como son y no de otra manera; porque no es una simple narracion de guerras, de batallas, de nacimientos y muertes de príncipes, es decir, es algo mas que una relacion descarnada que nada anima, nada pinta, á nada comunica vida y movimiento, haciendo que asistamos á las escenas históricas, no con el interés de apasionados espectadores, sino como curiosos frívolos que están examinando un museo de extrañezas y preciosidades.

¿Qué es la filosofía en literatura? ¿Es acaso ni el conocimiento ni la aplicacion de las reglas? No: es la razon de las mismas reglas, es el análisis combinado del entendi-

miento y del corazon, es el estudio de todo el hombre en sus relaciones con la expresion. ¿Y por qué este conocimiento se denomina filosofía en literatura, y no se apellidan así las reglas? Porque las reglas son nada sin la razon que las apoye, ó son vagas generalidades que no se llegan bastante de cerca á los objetos para que por medio de ellas se pueda descubrir qué es lo bueno ó lo malo.

Llamamos filósofo á un hombre que sabe dar á las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que imponiendo silencio á sus pasiones, y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasificalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista. Por la misma razon cuando hay un hombre desprendido que se desentiende de vaciedades, que se eleva sobre las preocupaciones que ciegan al comun de los hombres, obedeciendo nosotros á aquellas secretas convicciones que mas ó menos todos abrigamos de que en el mundo hay mucho de hueco y de vano, como para dar á entender que aquel hombre no estima las cosas en mas ni en menos de lo que son, le llamamos *afilosofado.*

Bastantes son estas breves indicaciones para dar á conocer lo que se entiende por *filosofía*: bastan para dar á conocer que no hay filosofía donde no hay mas que palabras, que no hay filosofía donde solo se encuentran pensamientos atrevidos ó imágenes brillantes; que solo hay filosofía donde hay verdad.

En este sentido y no en otro, procuraremos que nuestra *Revista* sea *filosófica.* — J. B.

POLÉMICA RELIGIOSA.

Bajo este titulo publicaremos en esta *Revista* una série de trabajos que servir puedan á los defensores de la Religion en los combates que bajo diferentes aspectos y en dis-